

# UNA ESCUELA CON ROSTRO HUMANO

Pedro Ortega Ruiz  
Alberto Gárate Rivera

CÁTEDRA EN EDUCACIÓN Y VALORES  

---

EDITORIAL  CETYS

LC  
191  
078  
2016

Ortega Ruiz, Pedro

Una escuela con rostro humano / Pedro Ortega Ruiz, Alberto Gárate Rivera.— Mexicali, Baja California : Instituto Educativo del Noroeste, A. C., 2017

207 p. ; 21 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN: 978-607-97452-0-2

Colección Cátedra en Educación y Valores

I. Educación -- Aspectos sociales

I. Gárate Rivera, Alberto

Del 012417

### *Una escuela con rostro humano*

D. R. © Pedro Ortega Ruiz

D. R. © Alberto Gárate Rivera

D. R. © 2017, Instituto Educativo del Noroeste, A. C.

Calz. CETYS s/n, Col. Rivera

Mexicali, Baja California, México, C. P. 21259

[www.cetys.mx](http://www.cetys.mx)

Primera edición

ISBN: 978-607-97452-0-2

*Colección Cátedra en Educación y Valores*

Coordinación editorial: Jorge Ortega Acevedo

Edición y diseño de interiores: Néstor de J. Robles Gutiérrez

Diseño de cubierta: Rosa María Espinoza

La presente es una edición de circulación cerrada y exclusiva del CETYS Universidad. Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

IMPRESO EN MÉXICO

*Hay alientos permanentes, como el de Elva, Tere y el de nuestros hijos, que te mueven el horizonte con su presencia permanente.*

*Hay educadores que hacen de la escuela un espacio de acogida y de libertad. Su actuación es una lección cotidiana.*

*Para ellos las palabras de este libro.*



*Nada que sea sustantivo ha sido regalado al hombre.  
Todo tiene que hacerse él.*

J. Ortega y Gasset



## CONTENIDO

<b>Presentación</b> .....	11
<i>Dr. Fernando León García</i>	
<b>Prólogo. ¿Para qué educar?</b> .....	15
<i>Luis Enrique Linares</i>	
<b>Introducción.</b>	
<b>La profesora que embelesó con su carisma</b> .....	21
<i>Alberto Gárate Rivera</i>	

### UNA ESCUELA CON ROSTRO HUMANO

I. “Se hace camino al andar” .....	37
II. Con el viento en contra .....	47
III. Más allá de las palabras.....	77
IV. No se educa en tierra de nadie .....	103
V. Testimonio y enseñanza.....	121

VI. Educar es esperar .....	149
VII. Educar es acoger .....	165
VIII. Hay que mancharse las manos .....	183
Referencias .....	205



## PRESENTACIÓN

Sirva esta presentación para referirme menos a la pedagogía de la alteridad y más a sus autores, a uno en particular. Tuve conocimiento de Pedro Ortega y sus textos sobre educación y valores, desde finales del siglo pasado. Lo conocí cuando vino a CETYS Universidad a principios de este siglo y después hemos tenido oportunidad de compartir la mesa con una buena merluza, las verduras de la huerta murciana y un vino inmejorable, allá, en la Murcia de su vida.

Pedro Ortega es un hombre generoso y un sólido intelectual, muy congruente con sus tesis educativas, en especial con aquella donde dice que **“Para educar hay que ser un experto en humanidad, tener entrañas de compasión hasta hacer nuestra la situación del otro”**. Hay que tener valor para sostener esa afirmación y, más aún, para sostenerla con el testimonio personal. Pedro lo tiene y lo puede decir y escribir: por lo

que ha leído, por su lúcido pensamiento, por los innumerables congresos internacionales a los que ha asistido, desde el sitio que más sentido tiene: desde su trayectoria como educador y desde su compromiso con la vida familiar y comunitaria.

Pedro ha sido un colaborador insustituible de CETYS Universidad y eso lo vuelve un amigo fraternal del grupo de profesores del Colegio de Ciencias Sociales y Humanidades. A él y a su colega de ideas y proyectos, Ramón Minguez, debemos la gestación y desarrollo del programa de Doctorado en Educación que ofreció la institución en la década pasada. A él debemos el diseño de la Cátedra Distinguida PIMSA en Educación y Valores. A él debemos algunas de las publicaciones más relevantes del programa Editorial del Sistema CETYS Universidad, destacando el libro que escribió en colaboración con Alberto Gárte, *Educación desde la precariedad* (2014). Pero lo más importante es que, a partir de su experiencia docente y sus ideas sobre la educación, ha logrado interesar y emocionar a un conjunto importante de profesores de esta institución. Su labor formadora ha sido sustantiva.

Esta nueva obra de Pedro y Alberto que usted está a punto de leer y disfrutar, representa una segunda larga conversación que sostienen ambos sobre dos puntos cruciales en la vida de los seres humanos: educar y el papel que tiene el educador en esa acción. El relato está presente en todo el libro, lo cual lo convierte, en palabras del mismo Pedro, en un texto “que no se cae de las manos”. Las ideas relevantes sobre el profesor en su dimensión ética, también lo están, lo cual lo vuelve en un libro que los docentes que aspiren a ser educadores no deben dejar de leer.

Me complace que ese primer encuentro con Pedro, que ya supera los tres lustros, siga rindiendo frutos. De la misma

manera, me complace que CETYS Universidad sea el espacio universitario desde el cual se difunden, a México y Latinoamérica, los planteamientos de la pedagogía de la alteridad.

DR. FERNANDO LEÓN GARCÍA  
Rector del Sistema CETYS Universidad  
Julio de 2016



## PRÓLOGO

¿Para qué educar? La pregunta, aparentemente sencilla, nos ha llevado en el mundo occidental más de 25 siglos de cuestionamientos. Esas tres palabras en forma de pregunta se han intentado responder con una variopinta gama de modelos educativos, sistemas de diferentes niveles, profesores con diferentes perfiles, espacios educativos cambiantes, programas, instrumentos y sistemas de evaluación que han aportado elementos para acercarse a diversos fines, sin lograr alcanzarlos nunca de manera definitiva. ¿Será que ningún modelo responde por completo a las aspiraciones humanas? Este libro intenta dar una respuesta desde una óptica original, sin pretender ser un texto de filosofía de la educación, pero ofreciendo, al mismo tiempo, un poco de filosofía como espacio para interrogarse sobre la vida, y un poco de educación, sin ser tampoco un texto de pedagogía clásico.

Quienes aman la educación y han tenido la oportunidad de hacer de ella su espacio laboral, reconocen que más allá del trabajo cotidiano —siempre similar pero siempre nuevo— es necesario hacer altos, revisar lo que se ha hecho, y al calor de una mezcla de experiencias previas e ideas discutidas, retomar, en primera persona, la misma pregunta: ¿para qué educamos? Pedro Ortega y Alberto Gárate, se han dado ese tiempo. Y para entender por qué, puede ser interesante regresar un poco al pasado de cada uno. Ambos fueron formados en culturas distintas, Pedro en España, Alberto en México; el primero con toda la herencia cultural de Murcia, y otros rincones de España; el segundo, en Mexicali, una esquina de México que culturalmente tiene rasgos menos históricos, como puede esperarse de una sociedad que apenas sobrepasa los cien años y se ha formado a base de migrantes. Pedro llegó a la Pedagogía desde la Filosofía, y Alberto inició en la Sociología, campo que la abrió el mundo de la educación. De edades dispares, uno se encuentra disfrutando su jubilación y el otro en tareas de administración y gestión educativa.

La vida les permitió conocerse hace un par de décadas, a raíz de los contactos académicos entre la Universidad de Murcia y el CETYS Universidad, y desde entonces se reconocieron como educadores, y entre compartir el trabajo, los viajes, la discusión de ideas y la formación de nuevos profesores, fue tejiéndose una sólida amistad. Esa amistad ha crecido porque su perfil es bastante similar en cuestiones más profundas; señalo únicamente cuatro fibras entrelazadas:

- Ambos, teniendo diversas alternativas en su proyecto de vida, decidieron que serían profesores; se formaron para

ello, trabajaron en el aula, saben lo que es reconocer la mirada de un alumno; descubrieron que su preparación debía ser constante, y que la educación no se agota en un programa, sino que las oportunidades de formar a los alumnos siempre están ahí, y que el profesor sólo debe mostrarlas un poco, dejando que los ritmos, las sensibilidades y la madurez del alumno vayan dejando brotar, más allá del estudiante, a la persona.

- Reconocen un mundo en crisis, pero construyen una esperanza. Su caminar les ha hecho observar con sentido crítico la realidad de sus propios contextos, y ambos coinciden en que la realidad no es la mejor posible; reconocen que el actual modelo de desarrollo genera fuertes asimetrías, que la competencia y el individualismo son prioridades para muchos; pero viven con la certeza que las identidades humanas, siempre desarrolladas en contextos específicos, nunca están completamente acabadas como proyecto. Y ambos han entendido que, parafraseando a Martín Buber, las palabras primordiales crean relaciones, y la educación les permite ayudar a que broten esas palabras.
- Los dos asumen una postura ética en educación, sabiéndose responsables del otro: el alumno. Trabajar con alumnos concretos, con historias personales, con incertidumbres, proyectos, fracasos y nuevos pasos dados, les ha generado una convicción clara, profunda y básica que todo acto educativo es inevitablemente un acto ético. Y la razón es sencilla; la educación siempre es entre personas, y en consecuencia, siempre es cruce de vidas, no sólo de conocimientos, de empleo de recursos o de seguimiento de políticas, sino contacto, siempre, entre un ser humano y otro.

- La cuarta hebra que los entrelaza es el respaldo desde el que cada día han salido para ser educadores; la familia, no como concepto teórico, sino como espacio en el que viven con personas concretas, es en gran medida, lo que les ha permitido ser como son. Ambientes distintos, pero proyectos similares donde han podido amar, fructificar y festejar. Su coincidencia pedagógica ha llevado el respaldo de coincidencias en esa estructura de acogida que proporciona la familia; en un mundo global, acelerado, cambiante, Tere y Elva siguen siendo sus referentes.

Este texto inició con la pregunta ¿para qué educar? Para ver la respuesta que ofrecen los autores, han elegido un camino trazado con el perfil de cada uno. Alberto se aproxima a la educación narrativamente, intentando desde ahí sacar a luz sus sentidos. Su forma de escribir es una prosa fluida, que se mueve entre descripciones de la realidad, alguna metáfora y el relato de experiencias en ambientes escolares: profesores, alumnos y sus vivencias son la materia prima que subyace en su colaboración. Pedro, en cambio, parte la tensión que surge de confrontar sus ideas con otros colegas, con frases pedagógicamente cuestionadoras; de sus incontables lecturas brotan ideas de pedagogos, filósofos y pensadores que le han llevado a estructurar la pedagogía de la alteridad. El diálogo entre ambos, nutrido en encuentros tanto en México como en España, además de innumerables correos electrónicos y videoconferencias, les permite conjugar dos estilos que no muestran cortes metodológicos: la narración y la solidez conceptual permiten tejer un texto de lectura clara para quien no es un conocedor profundo de la educación, y



simultáneamente ofrecen ideas profundas a discutir para quien está acostumbrado a argumentos densos.

Estas páginas son, a fin de cuentas, una aportación agradable y sólida sobre los fines de la educación. Pedro y Alberto entienden que la educación debe servir para acoger, para formar, para ofrecer una utopía. Todo aquel que es educado, en cualquier nivel, debe encontrar en el espacio educativo un ambiente donde se le reconozca como persona; la educación debe servir para formarnos como seres humanos, siempre incompletos como proyecto, pero siempre con posibilidad de configurar con más claridad nuestro rostro (e intencionalmente hablo de nosotros, porque con frecuencia los profesores olvidamos que la educación también nos va moldeando). Y nos recuerdan, también, que la educación debe presentarse como una utopía, como un tiempo para desarrollar la convicción en cada estudiante que hay nuevos caminos, mejores proyectos y una vida que puede ser, sin duda, más humana. Los autores nos invitan a hacer nuestra la pregunta ¿para qué educar?, y a buscar reflexionarla en diálogo con los personajes y las ideas que aparecen en el texto, para llevar después la búsqueda de respuestas a nuestras aulas, a los patios y los pasillos donde, en México y España, se van formando nuevos rostros.

LUIS ENRIQUE LINARES  
Agosto de 2016



**INTRODUCCIÓN.**  
**LA PROFESORA QUE EMBELESÓ**  
**CON SU CARISMA**

*Además de ser una excelente maestra, en tan solo un año, supo ganarse el respeto y el afecto de sus discípulos, jóvenes bachilleres que están en una etapa muy difícil de sus vidas.*

Viajo a España y en mi agenda está una visita de un largo fin de semana a Murcia. No puede ser de otra manera cuando se han creado lazos de una amistad que trasciende las distancias. Es por ello que llegar a esa ciudad es como regresar a casa. Ahí están los amigos y mentores. Son finales de noviembre y, por fortuna, un suave y algodonado vera-

no metido en el otoño todavía nos trae unas tardes cálidas. El verde de las hojas de los árboles ya cedió al amarillo que anticipa que las moreras se quedarán desnudas. Así debe ser porque en el invierno hay que gastar muy poca energía. “Ve la recepción que te ofrece esta ciudad”, me dice Pedro cuyo orgullo por esa región se acentúa con los años. Y yo veía ese bosque de árboles que me hacían recordar las primaveras de Guadalajara, Jalisco. Nada cambia cuando llegas a un sitio que ya te resulta común. Las calles y las plazas empiezan a llamarte desde el recuerdo. El barrio lo caminas como si fueras un vecino y entras a la casa de Pedro y Tere, su esposa, y en automático te invaden los sabores y olores de una cocina simple, que recoge la tierra húmeda de la huerta murciana, pasando por una variedad infinita de vegetales. Empiezas a comer los platillos que prepara Tere y no quieres parar. Ambos son anfitriones con grado doctoral y tejen su propia historia, que no es otra que la de esta ciudad que les pertenece. Así ha sido por más de sesenta años.

La comida concluye pero la plática se va con nosotros a la sala. Espacio amplio y ventilado. Eduardo Romero, acaso el discípulo más adelantado de Pedro, está con nosotros. Está desde hace tiempo en ese círculo de amigos que han viajado de Murcia a Baja California más de una vez. Preguntamos por los hijos y nuestras familias y así, poniéndonos al día de nuestras actividades y recuerdos, va transitando la tarde. Yo estoy a la expectativa, sé que Pedro tarde o temprano preguntará por el libro que estamos escribiendo, justo este libro. Su actitud me recuerda mucho a la sabiduría de los indios mexicanos. Nunca inician una negociación apenas al comenzar la plática. Primero hablan de las nubes y de las vacas, después de la siembra y del tiempo seco. Se quejan de la autoridad lo mismo que de

los dolores constantes de las rodillas. Hablan sin recato de lo chismosos que son el primo Encarnación y de la tía Eduvigés. Luego, cuando parece que nada trascendente va a ocurrir en esa conversación, el que va por el burro, como no queriendo la cosa, pregunta:

“—Oye, Nabor, ese burro flaco y perezoso que anda por ahí, que no sirve pa’ nada, ¿a que no es tuyo?

—¿Cuál burro, Teyo? ¿El que está dentro de mi corral? ¿Ese juertote y que ningún otro le gana a cargar los cuartos de leña?

—Pos yo más bien lo veo flaco y malogrado, como que no ha de servir pa’ mucho.

—Pos fíjate que salió re’ bueno pa’ la carga y sí, es todito mío.”

Bien sabe el que pregunta que lo es y bien sabe también que Nabor no se lo regalará, por más que le diga que no sirve para nada. Horas después de negociar, el que va por el burro se lo lleva diciendo que ha sido estafado y que el tal Nabor es un pillo. Lo cierto es que ambos quedan satisfechos del acuerdo logrado.

Así es Pedro, tiene tal tacto para decir las cosas y hacer que éstas ocurran, que yo no debo preocuparme de su pregunta: ¿y cómo va la parte que te toca del libro?, hasta que le haya compartido santo y seña de la vida de doña More, mi madre, la cual, en expresión corporal de él, la lleva en el corazón.

—Alberto, el libro está casi listo —me dice cuando parece que la plática está entrando en las sombras y sus dos nietas, Irene y María, luminosas como dos solecitos que le dan vida a ese par de abuelos, ya entraron en una cierta calma. Yo lo veo venir y me alerto—. Te lo he mandado esta mañana.

Lo considero ya acabado por mi parte. Faltan tus dos relatos, el prólogo y listo. Creo que es un texto potente. Dará mucho de qué hablar.

Pedro está emocionado como si éste fuera su primer proyecto editorial. Ha trabajado de manera incesante durante varios meses pero las ideas le vienen de todos los años que ha trabajado en la escuela. Muchas de esas ocasiones han sido de madrugada, cuando el insomnio se acurruca en su almohada y lo hace pensar en la educación. Entonces se levanta del lecho en forma sigilosa para no despertar a Tere, y encamina sus pasos a su despacho. Ahí se siente cómodo entre tantos libros. Se sienta frente al ordenador, lo enciende, pone en la pantalla el borrador del capítulo “Educar es acoger”. Lo lee por enésima vez, corrige un par de palabras que no le gustan y lo enriquece con la idea que lo asaltó esa madrugada: precisar el sentido antropológico de la “compasión”. Así queda mejor, así se entiende mucho mejor la dimensión pedagógica del concepto, desde la explicación antropológica, se dice a sí mismo y luego lo graba. Ni de chiste será la última versión. Pedro es un hombre perfeccionista, retomará el texto cuando lo vuelva a asaltar el insomnio y añadirá algún párrafo. Es, en palabras de él, ¡un perfecto coñazo!

—Nos vimos en mayo y desde entonces la inspiración no ha sido mi más fiel compañera —le digo a Pedro a manera de justificación. El hombre es consciente de ello y me hace un recuento de lo que está escrito.

—Nos falta poco —señala enfático.

Yo veo un momento importante para ajustar ciertas ideas, disipar algunas dudas. Hay una urgencia no dicha por Pedro, como la de Teyo, que quiere el burro de Nabor pero que no puede manifestarlo abiertamente. En el caso de Pedro, está

aclarando y poniendo en papel algunas de las ideas finales. Está intentando enfocar lo mejor posible la propuesta de la pedagogía de la alteridad, desde los atributos y la actuación de un profesor. La elaboración del libro lo ha tocado, lo ha hecho regresar a Levinas y a sus propios textos de años pasados. Por si fuera poco, el estilo del texto, similar al de *Educación desde la precariedad* (2014), lo ha llevado a trazar ideas desde el relato y la narrativa, algo a lo que está poco acostumbrado.

Como sea, ya son varias horas en la sala de su casa y la noche fresca de noviembre invita a caminar, una de las actividades favoritas de Pedro. La otra: visitar la plaza Belluga, el sitio de la ciudad que más le emociona.

—Vamos a la plaza, Alberto, que Eduardo venga con nosotros. Caminemos un rato y pinchemos algún queso y unas buenas aceitunas. Todavía no es tiempo de los churros con chocolate pero una buena caña es disfrutable.

Así lo hacemos. La luna es un lujo aparte. Se muestra por una de las cúpulas de la catedral como anunciándome que la inspiración pronto regresará a darme trabajo.

\*\*\*

Regreso a Mexicali y me traigo la inspiración y las apasionadas tesis de Pedro. En el tramo final de su vida, el hombre habla sobre la escuela y sus profesores con mucha sabiduría y con una visible incorporación de su tiempo. A mí me sigue inspirando y alentando al mismo tiempo a plantearme nuevas preguntas y a buscar en la vida real, la de los conflictos y las contradicciones, a ese profesor cuyos atributos deberían de ser comunes y ordinarios pero no lo son. Las tesis de la pedagogía de la alteridad —por llamarlas de alguna manera—

amalgamadas por el pensamiento y la pluma de Pedro, son un acicate porque en todos estos años he intentado, desde los relatos pedagógicos, quitar un poco el barniz de la utopía a frases como esta: **Para educar hay que ser un experto en *humanidad*, tener entrañas de compasión hasta hacer nuestra la situación del otro, *hacerse cargo de él*.**

Pedro escribe sobre ello y su práctica docente fue un claro testimonio de ser experto en humanidad. Pero en este libro no vamos a relatar su vida, sino la de otros profesores que no sabiendo nada de la pedagogía de la alteridad, viven de sus preceptos. Ese es mi reto en este libro: volver comprensibles y reales los conceptos de un hombre poseído por un pensamiento filosófico profundo cuyas madrugadas inspiradoras le son ya cotidianas.

Resulta muy complicado reducir su pensamiento a un puñado de ideas después de una dilatada trayectoria llena de palabras. Sin embargo, este libro tiene unas pistas muy claras hacia el profesor y la escuela, las cuales se van tejiendo a lo largo de los ocho capítulos. En uno de ellos, Pedro sostiene que: **Una escuela con rostro humano es una utopía pero no podemos renunciar a ella.** Más allá de ser una certeza, hay una demanda en la aseveración. Los males que enfrentamos también entran a la escuela, no hay duda de ello. También se le filtran al profesor. La escuela no puede ser una fortaleza y mantener incólumes sus atalayas. La escuela también se deshumaniza cuando vemos la violencia en las aulas y en las explanadas y poco nos importa. Por ello, moldear un rostro para humanizarlo es una utopía, y aun sabiéndolo, no podemos renunciar a ello.

Escribo esto y recuerdo una charla con una novel maestra de bachillerato a la que le sigo la huella. Hago una especie



de arqueología docente porque me interesa adentrarme en las razones que la llevan a abrazar la docencia. Me platicaba un tanto asustada que, en cierta ocasión, justo a la mitad de una clase de redacción avanzada, dos jóvenes se levantaron de sus asientos y, sin más preámbulo que el rencor reflejado en sus miradas, se trenzaron en una feroz pelea. Por fortuna, vio en el rostro del resto del grupo temor y reproche. Con ello pudo actuar y dejar fuera de la clase a ese par de energúmenos, hasta que los padres de ambos se hicieran cargo. Los padres acudieron a la dirección a reclamar por qué la escuela permitía que sus hijos se liaran a golpes. Había mucho de violencia en el reclamo y nada de responsabilidad para las conductas de los muchachos. La directora se dio cuenta de dónde venía el comportamiento de los jóvenes, así es que supuso que poco podía hacer para cambiar las actitudes belicosas de aquellos muchachos. Cambiarles la conducta a ellos y a sus padres podría ser una utopía y la joven maestra lo intuyó. La enseñanza para ella fue que en un salón de clases donde hay un conjunto de muchachos con los más disím-bolos intereses, no se puede acoger realmente a todos; que habrá alguno de ellos, quizás dos, tres, que le demanden su tiempo, su experiencia de vida, un consejo específico. Supo con esa experiencia que se puede acoger al desvalido y se puede dar una respuesta al que la demanda, pero habrá otros que tendrán que contentarse con aprender alguna cosa o, al menos, con simular que están aprendiendo.

Otra idea que va sosteniendo entre argumentaciones es esta: **Basta que los alumnos encuentren a un sólo profesor que sea para ellos ayuda, acompañamiento y acogida. Él será el rostro humano que necesitan en su proceso de formación.** A veces, en las escuelas poseídas por la rutina, el

chambismo y la improvisación, tenemos que conformarnos con ello, con un profesor que, debiendo ser el común de todos, se convierte en el distinto, en el sobresaliente. Y a veces hace falta tan poco para ser ese tipo de profesor, y a veces hace falta tanto.

Regreso a la joven profesora. Se inició en esta profesión hace menos de un año. La aventura la comienza en una buena escuela, esto es, un bachillerato ubicado en una de las mejores zonas de la ciudad. A ella acuden adolescentes sobresalientes egresados de buenos colegios particulares, así como otros jóvenes cuyos padres tienen la capacidad económica para pagar altas colegiaturas. Las condiciones de ese centro escolar le ofrece varias ventajas: existe un cierto orden, disciplina, las clases ocurren con un bajísimo nivel de ausentismo, los grupos no rebasan los 35 alumnos, las coordinaciones académicas cuentan con programas de cursos probados y constantemente actualizados. En general, esta maestra con escasa experiencia en el aula tiene condiciones para desarrollar su trabajo. Sin embargo, pronto se da cuenta que, por más sistematizados que estén los procesos, los muchachos que están frente a ella tienen expectativas diversas e intereses dispares; pronto se da cuenta que por mejor que se diseñe un plan de clase, a veces no alcanza para los bostezos, las evasiones mentales, los estudiantes hiperactivos y, muy de cuando en cuando, el intercambio de golpes; pronto se da cuenta de que, no faltándoles nada en términos económicos, a muchos de sus estudiantes les hace falta una mirada, un rasgo de atención. Un maestro que trae esa raíz primigenia que algunos llaman vocación, la descubre ahí, cuando empieza a sortear las primeras claves de la docencia. A veces le llega la desolación pero tiene que aferrarse a dos cosas: el plan de clase y sus intuiciones.

Plantea Pedro una idea contrastante y retadora: **Nuestra experiencia nos dice que maestros-profesores muy competentes científica y técnicamente, fracasaron como educadores. De ellos no podemos decir que nos ayudaron a orientar en un sentido ético nuestra vida.** Una vertiente no excluye a la otra, aunque no sea una conducta encontrada con regularidad. El enseñante tiene que estar enamorado y enamorar de ese conocimiento científico pero, al mismo tiempo, debe ser claro en que enseñar es un arte misterioso con un componente ético irrenunciable el cual, por cierto y dicho sea de paso, también se pedagogiza. Es una tesis que es muy complicada no contextualizar ante profesores como esta joven maestra que apenas inicia su camino. ¿Cómo le digo a esta novel maestra que no desarrolle sus competencias científicas y didácticas porque al final de la jornada, si no ayudó a orientar éticamente la vida de sus alumnos, su trabajo tuvo poco sentido? Verla a ella y escucharle hablar de sus experiencias en el aula, me ayuda a redimensionar las ideas de Pedro. Ella necesita los saberes para iniciar un proceso de legitimación en el salón de clases, lo mismo que los recursos didácticos con los que hará trabajar a los estudiantes. Su discurso teórico no es tan potente y su experiencia en el manejo de grupos es reducida, por ello requiere de recursos didácticos para relacionarse y lograr que los estudiantes confíen en ella y la reconozcan. Muchos profesores se quedan ahí, en el despliegue de un programa y en el uso de técnicas para el aprendizaje. Las utilizan como si fueran parte de un proceso de producción y al final saldrá el alumno con tales o cuales competencias. Ella no sabe que la convivencia la llevará a conocerles, saber sus gustos, aspiraciones, inquietudes, frustraciones y hasta amores de adolescentes. La convivencia la

lleva a reconocer trayectorias de vida. De ahí a la orientación ética, hay solo un paso.

Una conjetura de un peso formidable es esta:

**Para educar hay que ser un experto en humanidad, tener entrañas de compasión hasta hacer nuestra la situación del otro, hacerse cargo de él, dice Levinas. Por ello digo que toda reforma de la enseñanza se queda a medio camino si no se asume que educar es algo más que transmitir saberes y competencias. Sólo se educa cuando se transmite, desde el testimonio, un modelo ético de vida. Y esto no lo encuentro en el actual debate sobre la reforma de la enseñanza en mi país: la necesidad de que el maestro sea, además, un modelo ético de vida para sus alumnos.**

Quizás la máxima utopía de la pedagogía de la alteridad y, por ello, su reto casi inconquistable, es que una reforma educativa debiera empezar por modelar éticamente la figura del profesor. El entramado paradigmático de los modelos dominantes rebosa de competencias y otras florituras enfocadas a la planeación educativa, las estrategias y los modelos de evaluación. Si bien discursivamente recuperan el sentido ético de la docencia, lo cierto es que en el despliegue poco cabe ese discurso. Entonces, sin apartarnos de la utopía pero adheridos a una razonable posibilidad de cambio, buscamos en los testimonios concretos, en el diario acontecer de los maestros, los ejemplos que podamos volver pedagogía. A esta joven profesora a la que le sigo la huella, sus maestros universitarios le enseñaron a planear un curso y una clase; le dijeron también cuándo y cómo utilizar algunas técnicas didácticas; les aprendió cómo diseñar instrumentos de evaluación para medir las competencias de sus estudiantes. Todo eso apren-

dió y probablemente leyó a Rousseau y a Comenio, algo de Freinet y quizás por su cuenta la pedagogía social de Paulo Freire.

La tesis de Pedro tiene dos dimensiones: la estructural y la del componente individual. En la primera cabría preguntarnos: ¿quién diseña y planea las reformas educativas de un país? La respuesta está fuera de la escuela y más lejana aún del profesor que habita el salón de clases. Las reformas comúnmente no les pertenecen, su implementación sí, aunque la mayoría de las veces no entiendan de qué se trata. La tesis de Pedro —“para educar hay que ser un experto en humanidad, tener entrañas de compasión”— y su componente utópico apunta entonces a la dimensión dos, esto es, al profesor que no tiene otra historia más que la suya para enseñar a un estudiante. Entonces, la profesora novel de redacción avanzada todavía no es experta en humanidad porque eso no lo pudo aprender en una aula universitaria, pero la experiencia cotidiana con sus alumnos, los encuentros y desencuentros que tendrá como racimos de uva, si los amalgama y confirma en su intimidad la vocación por la docencia, cultivarán la compasión en sus entrañas. De ello ya empezó a dar las primeras muestras. En la prensa escrita local aparece una columna y su contenido es el que me hace buscarla para seguir su trayectoria. La escribe una madre de familia que vio cómo su hija fue tocada por las maneras especiales de la joven docente. En uno de los párrafos se lee:

En su última clase del semestre, esta joven maestra de apenas 23 años, entregó una emotiva carta personalizada a sus alumnos. A algunos de ellos se les quebró la voz porque, entre otras cosas, les dice que los vio una hora diaria durante cinco días a la semana, lo que le sirvió para aprender a conocerlos.

Les escribió: *Tus ideas son valiosas y la única manera que hay para que sobresalgan es que otros las lean o las escuchen.* Esta carta, aparentemente tan sencilla, marcará positivamente a estos jóvenes que tuvieron la suerte de tenerla como maestra al inicio de la preparatoria.

Probablemente esta joven maestra no haya educado a ese grupo de inquietos adolescentes en la dimensión profunda planteada por Pedro (ser experta en humanidad); probablemente haya tenido que ajustarse a un plan de clase “profesionalmente elaborado”; probablemente se haya desesperado más de alguna vez al palpar el desinterés de los jóvenes de hoy que no quieren leer y que se esfuerzan poco. De lo que sí estoy convencido es que ha ejercido su práctica docente con algunos blasones que le son imprescindibles: el gusto por las letras; el aprendizaje diario (nunca se sabe todo ni lo suficiente); el conocimiento sobre las maneras como el estudiante puede aprender; un principio de autoridad en el aula no negociable (es joven pero ella es la maestra, ella es la responsable, ella dirige la escena); una responsabilidad por prepararse, por estar, por escuchar y por atender las demandas de sus estudiantes; un afecto innato que le viene de la vocación. Está segura que los estudiantes, sin saberlo, algo esperan de ella, algo le demandan, y ella está dispuesta a entregar lo que sabe y lo que es, incluso está dispuesta a enderezar entuertos como el par de rijosos que utilizan el salón de clases como *ring* de box.

\*\*\*

Cierro las notas de este libro en Ensenada, Baja California, uno de mis sitios favoritos: la habitación donde el mar se posa en la ventana. Desde ahí percibo las olas con su mo-

vimiento incesante. Van y vienen movidas por un magnetismo arrebatado. Tocan la piedra monolítica que espera siempre a la orilla de la playa. Aparentemente no le hacen fisuras pero eso no se sabe a simple vista. El sol, en la parte más distante del horizonte, se aleja llenando de colores fuertes a las nubes que parecen acompañarlo. Cierro los ojos unos segundos para recuperar la imagen de ese hombre incombustible que ha marcado la vida de muchas personas, allá en España y aquí en México. Su voz (la de Pedro) y el escenario se me vienen juntos. Estamos en la plaza España, contigua a la plaza Belluga, en Murcia. Es una noche fría, de invierno. A recomendación de Tere, comemos churros y tomamos chocolate caliente, otro de los antojos que muestran con orgullo.

—Alberto —me dice—, quizá toda esta complejidad de educar de la que hemos estado hablando todos estos años, se sintetice en una demanda probablemente inconquistable, o al menos, una idea que cada vez es más difícil sostener y es esta: **La escuela debe encontrar en la comunidad el marco esencial en el que integrar su acción educadora, aprovechando todas las posibilidades educativas del entorno, sin las cuales la acción de aquella siempre será insuficiente. Una escuela con rostro humano, amigo Alberto, vendrá de la mano de una sociedad o comunidad *humanizada*. Una vez más deberíamos tener en cuenta que es la tribu, la comunidad la que educa a nuestros niños, como dice sabiamente el refrán africano.**

Pedro siempre me ha dejado una carga fuerte que va directo a mi cabeza. Su máxima virtud es que me reta y me hace pensar. Lo alentador de encontrar la armonía en ese binomio comunidad-escuela.

—Algunos —lo confronto con uno de esos dichos que corren de boca en boca y que sirven para precisar alguna idea—, cruzados por el fatalismo, dirán que para qué nadar tanto si cuando se acaben las fuerzas, estaremos en la misma orilla. ¿Para qué sacudir al profesor y a la escuela, que parecen desgajarse en medio del desinterés colectivo, si la tendencia le resulta desfavorable a una escuela con rostro humano? Estoy contigo, Pedro, sé que vale la pena y sólo pregunto para retarme. Vale la pena al menos para que esa joven profesora de 23 años, llena de convicciones y movida por una aspiración genuina, no se sienta huérfana entre tanto escombros que va dejando una escuela a la cual parece desdibujársele el rostro humano a pasos de gigante.

\*\*\*

Dejemos el relato por un momento y destaquemos la esencia de esta obra. *Una escuela con rostro humano*, libro que tiene en sus manos, amable lector, no pretende dar una serie de prácticas concretas para llevar a las aulas o salones de los centros de enseñanza. El carácter singular de toda acción educativa obliga al educador a tener en cuenta la situación, el contexto y la singularidad de cada educando. No hay, por tanto, prácticas educativas que sirvan para cualquier contexto o situación. El lenguaje educativo es, o debe ser, siempre situado, adaptado a la “circunstancia” de cada educando.

En estas páginas se describen unos perfiles que definen al maestro en una escuela que tenga como objetivo prioritario responder, desde la ética, a las necesidades de cada educando en la situación en la que vive. El maestro es ante todo una persona que está atenta a lo que sucede, que sabe leer e



interpretar los acontecimientos de su tiempo, es decir, que no vive de espaldas a la realidad, porque es la vida de la calle y de la gente la que debe entrar en las aulas y desde ella y en ella *educar*. El *maestro* tiene asumido, en su discurso y en su praxis, que nunca se educa en tierra de nadie.

Esperar y acoger al otro son actitudes y estilos de vida que siempre deben acompañar al maestro. Sin esperanza es imposible educar, porque tampoco es posible vivir. Y quien no es capaz de acoger al otro, hacerse cargo del otro, tampoco puede educar. ¿Qué otra cosa es educar sino ayudar, acompañar y orientar al otro en su proyecto de vida? ¿Qué otra cosa sino ayudar al nacimiento de una nueva criatura, de un nuevo proyecto de vida que todavía se está gestando? Y esto sólo es posible cuando el maestro se olvida de sí mismo y sólo piensa y actúa desde el otro y para el otro. El maestro es ante todo *testigo* de lo que enseña. La educación, más que instruir, muestra: es testimonio. Testimonio y educación son términos recurrentes, significan la misma cosa. Sin testimonio hay discurso, pero no hay educación. Quizás sea este uno de los grandes males de la escuela: la incoherencia en los educadores entre lo que enseñan y lo que practican o viven, dentro y fuera de las aulas. Se olvida que los valores que se proponen en la escuela se aprenden a través de la experiencia, del testimonio, no del discurso.

Los cambios necesarios en la escuela nos obligan a pensar más seriamente lo que estamos haciendo, sin dar por bueno lo que hemos heredado. No son suficientes los cambios normativos. Una ley no asegura por sí misma la mejora en la enseñanza. Es indispensable un cambio en el modo de entender la educación, partir de otros presupuestos éticos en la enseñanza que hagan posible la formación de ciudadanos no

sólo bien instruidos, sino, además, *educados*. Para ello “hay que mancharse las manos”. No podemos permanecer sentados en la orilla del camino esperando que las cosas cambien por sí solas, o que otros hagan lo que a nosotros corresponde. La escuela nos concierne a todos. La respuesta responsable a los retos de hoy es responsabilidad de todos, y empieza en su respuesta y en la mía.

ALBERTO GÁRATE RIVERA